DANIEL BELL

EL "SECRETO HEGELIANO"

LA SOCIEDAD CIVIL Y EL EXCEPCIONALISMO NORTEAMERICANO

SEGUNDA PARTE

Traducción de JORGE HERNÁNDEZ CAMPOS

IV

AL MEDITAR SOBRE una historia de dos centurias, uno se siente inevitablemente empujado a hacer un paralelo con Francia, que en la actualidad está celebrando (si bien no unánimemente) el bicentenario de su revolución. La sabiduría "convencional" sostiene que Francia, o cuando menos los jacobinos, ensayaron una revolución *social* que habría de instaurar un orden de bienaventuranza, "la religión de la humanidad", un orden que, vista la naturaleza humana, tenía que fracasar. Por su parte, los Estados Unidos ensayaron una revolución *política* que, por el hecho de haberse planteado objetivos más limitados, podía tener buen éxito, supuestamente, al no interferir con el orden económico, lo cual ofrecería a los hombres un desahogo para sus pasiones, mientras el orden político mediaba en sus intereses.

Sí, un cierto grado de verdad. Pero la obvia división entre lo político y lo económico tiende a enmascarar el hecho de que en este continente *se ensayó* un nuevo tipo de orden social. Este concepto de sociedad, idea que tomo de Hegel, puede ser una de las principales explicaciones del "éxito" de la sociedad norteamericana, éxito en el sentido de haber podido crear un cimiento *constitucional* que ha protegido las libertades y los derechos individuales, que ha garantizado un cierto grado de continuidad y consenso y que, de ese modo, ha mantenido una estabilidad social sin paralelo en la historia de las sociedades políticas. A continuación me ocuparé de este "secreto". [16]

Las ideas sólo en raras ocasiones emergen ya estructuradas en una gran visión conceptual o en hechos tangibles, a la manera como Minerva surgió de la cabeza de Zeus. La primera idea, provocante, que con el paso del tiempo me conduciría al "secreto" la tuve hace más de veinte años, cuando en 1964 puse en marcha un proyecto, la Comisión del Año 2000, de la Academia Americana de Artes y Ciencias. Al objeto de obtener apoyo financiero redacté un memorándum dirigido a un ejecutivo de fundación defendiendo la necesidad de pronosticar instituciones. En ese momento, la idea resultaba novedosa y el hombre se sintió picado de curiosidad. Déme un ejemplo de una predicción, me dijo. Predecir es muy difícil, le repuse, y por lo demás lo que nos interesa sobre todo es rastrear las consecuencias de políticas que están aplicándose hoy, más que bosquejar un futuro amorfo; téngase en consideración que, por ejemplo, la forma como se trazaron las calles en el siglo XIX restringe las modalidades de tránsito del XX; nuestra intención es sugerir "futuros alternativos" para las decisiones que se están tomando hoy. De acuerdo, me contestó, pero mucho depende de los futuros que usted vea; por lo tanto, déme un ejemplo. Y con una sonrisa maliciosa añadió: si no puede ofrecerme *una* predicción no recibirá el dinero.

Para parafrasear al Dr. Johnson, nada como perder dinero ayuda a concentrar la mente, de manera que, sin mucho pensarlo, con una buena dosis de espontaneidad, prorrumpí: "Estamos en la primavera de 1964. El próximo noviembre habrá una elección para la Presidencia, y otra en 1968, y así sucesivamente en 1972, 1976, 1980... ¡2000!" Me miró como quien no da crédito a sus oídos, como queriendo subrayar la banalidad de lo que dije, y luego irritado dijo: es una predicción bien trivial. Es cierto, le contesté, quizá lo sea; pero actualmente hay en el mundo unas 130 naciones. ¿Sobre cuántas de ellas podría usted hacer una predicción semejante?

Fue una ocurrencia que me sorprendió y me dejó pensativo; el enigma, es decir, el misterio de la estabilidad institucional y la continuidad en un mundo cambiante ha seguido estimulando mis reflexiones desde entonces. Aparte de un puñado de naciones, entre las que destacan el Reino Unido y los Estados Unidos ¿sobre cuántos países puede uno, en plena confianza, hacer una predicción de ese género? En aquel momento, de hecho pocos años antes, el ejército francés de Argelia estaba listo para mandar paracaidistas a tomar París. Si el endeble Guy Mollet no hubiera sido sustituido por Charles de Gaulle, de retorno de su segundo exilio, las consecuencias para Francia hubieran sido muy distintas. También podía uno pensar en otras situaciones análogas. Durante los veintes y los treintas un gran número de regímenes parlamentarios en Europa —Italia, Portugal, España, Austria, Alemania— se habían derrumbado para dejar el sitio a regímenes fascistas

o autoritarios. En los últimos cien años casi toda la América Latina ha padecido intermitentemente dictaduras militares o autoritarias. En la mayoría de las "sociedades estables" del mundo abundan los estados de un solo partido. Únicamente el Reino Unido, desde el final de su guerra civil en el siglo XVII, y los Estados Unidos (exceptuando su "guerra entre los estados"), más un puñado de naciones más pequeñas (Suiza y las sociedades escandinavas), han alcanzado estabilidad y consenso políticos. ¿Cómo pudieron hacerlo?

Permítaseme concentrarme en el Reino Unido y los Estados Unidos. Para empezar había algunos factores comunes obvios, en particular un cierto grado de aislamiento geográfico. El Reino Unido no ha sido invadido desde el año de 1066, y el "gobierno extranjero" (las casas de Orange y Hanover) fue asimilado rápidamente en la fachada de la monarquía. Los Estados Unidos no han sido invadidos desde 1812, y sus guerras (incluidas las guerras contra México, contra España y las mundiales) las combatió fuera de sus límites continentales propiamente dichos.

En ambos ejemplos había una riqueza material en expansión, así como diversos escapes geográficos y sociales para el descontento potencial (en Gran Bretaña, situaciones militares o administrativas, en el imperio para los "segundones" o en Australia para los convictos; en los Estados Unidos las explotaciones agrícolas gratuitas de las leyes de colonización [*Homestead Acts*], la educación pública gratuita, la industria en expansión y la promesa de oportunidades para las generaciones venideras).

También existía un factor, común en términos generales al Reino Unido y los Estados Unidos, en el que se ha hecho menos hincapié: el sistema legal. En contraste con el sistema legal del continente europeo, con sus poderosos magistrados inquisidores, el procedimiento legal anglo – americano hace mayor hincapié en los derechos. El sistema continental busca descubrir "la verdad". El sistema anglo – americano trata de establecer la culpabilidad; de esa forma, el poder del Estado y sus tribunales es mitigado por la protección de los derechos y la observancia del proceso legal creada por el derecho consuetudinario, y la Constitución.

Pero ¿qué de los Estados Unidos en cuanto tales? ¿Existe en su historia y en su conformación social un elemento peculiar que haya contribuido a esa estabilidad? Yo creo que lo hay, y la respuesta empieza con Hegel.

Hegel siempre consideró a los Estados Unidos como la encarnación de la modernidad: "El país del futuro... la tierra deseada para todos los que están hartos del camaranchón histórico de la vieja Europa". Y sin embargo, en la introducción a sus lecciones sobre filosofía de la historia, Hegel también dijo que Norteamérica todavía era sólo un sueño, y al delinear las vicisitudes del *begriff* se retiraba al "viejo mundo... la escena de la historia mundial" [17]. En la actualidad, si deseamos ocuparnos de lo que *es* (aun que no sea racional) tendremos que ocuparnos de los Estados Unidos aun cuando a medida que nos acerquemos al siglo XXI advirtamos un magno desplazamiento histórico del poder económico hacia las riberas del Pacífico, y la reaparición de Clío en atuendo de samurai (si es eso lo que habrá de ocurrir, lo que estará en juego será mucho más, pues podría estar anunciándose el ocaso de las civilizaciones eurocéntricas, que han sido el meollo de la historia durante dos mil quinientos años, y el surgimiento de un nuevo foco cultural).

Y sin embargo, por andrajoso y deshilachado que nos parezca, el siglo XX sigue siendo el siglo estadounidense, como tendrán que reconocerlo los historiadores, por más que los sueños de quienes forjaron esa esperanza se hayan metamorfoseado en pesadillas. Los Estados Unidos son todavía la primera potencia militar y tecnológica, el dólar se mantiene como la base un tanto inestable de la economía mundial. Y con perdón de París y Londres, se mantienen como el gran mercado cultural —si no el centro cultural— del mundo. Si bien no puede hablarse de una hegemonía franca, los Estados Unidos son el número uno en cuanto a poderío, por encima de la Unión Soviética. Pero lo más importante es que, a la par con el Reino Unido, es una de las pocas naciones que gozan de estabilidad institucional, de tal manera que los inversionistas, o los ricos de otras naciones, continúan considerando a los Estados Unidos como un refugio. Por consiguiente, comprender el "secreto" puede considerarse como una de las más importantes contribuciones sociológicas a la teoría política.

¿Cuál es el rasgo distintivo de los Estados Unidos, eso que le ha dado fuerza a través de su historia, pero que hoy probablemente es su punto débil? Simple y sencillamente es que los Estados Unidos han sido la *sociedad civil* acabada, íntegra; muy probablemente la única en la historia política. Hegel pensaba que, en cuanto nación burguesa, Inglaterra ejemplificaba la sociedad civil por su carácter utilitario y el interés que demostraba en sí misma. Pero Hegel, a principios del siglo XX (al igual que Marx, quien pasó en Inglaterra casi toda su vida adulta) no acabó de entender nunca el espesor de Inglaterra: el simbolismo de la corona, la fuerza de las clases terratenientes, la centralidad de una iglesia establecida, el anhelo de la burguesía, o de sus vástagos, de convertirse en gente de buena crianza o en *gentlemen*, el peso del *Establishment* y la tentación de los títulos y honores: el hecho de que la inglesa era una sociedad donde una jerarquía de *status* dominaba los órdenes político y económico. Los liberales manchesterianos, tales como Cobden y Bright, *no querían* gobernar, porque no sólo (como ellos mismos decían) no sabían gobernar, sino que lo que procuraban era la autonomía del orden económico respecto del Estado, libertad para entregarse al comercio, a la industria y a la acumulación de riqueza. El imperialismo británico de fines del siglo XIX, en la medida que era distinto del colonialismo del siglo XVIII, era, como bien argumentaba Schumpeter, no una necesidad del capitalismo sino una extensión del orden jerárquico de *status* vinculado con las finanzas, una válvula de escape a través de la cual los segundones desheredados por la primogenitura hallaban acomodo, y un medio que, al subrayar la primacía del Imperio (y su pompa y gloria), aturrullaba a las solemnes clases burguesas. [18]

Desde un principio, los Estados Unidos representaron un rechazo total del viejo orden por parte de una abigarrada clase de *novi homines*, vagabundos, aventureros, convictos, caballeros desahuciados y disidentes protestantes —desde cuáqueros hasta puritanos— reforzados en el curso del siguiente siglo por una torrente de inmigrantes de todos los países de Europa, desde italianos meridionales hasta escandinavos septentrionales. Era una sociedad abierta. Cada cual era dueño y señor de "hacerse", y de hacer, fortuna. Marx no paraba de advertir a los radicales alemanes que no fueran a los Estados Unidos, pues advertía que, como en el caso de Hermann

Kriege y August Willich, así como de una docena de otros, la atmósfera democrática del país, su igualitarismo fundamental, suplantarían las viejas creencias socialistas nutridas por Europa. Para los estadounidenses la atracción del futuro no consistía en algún *telos* cosmológico de universalismo, sino el ansia de ser tratados como personas y un afán de oportunidades para avanzar en la vida. Todo esto Marx lo reconocía, pero sólo en las notas al pie de *El capital*, donde se refiere con asombro al número de individuos que en los Estados Unidos podían cambiar de residencia y de ocupación libremente, "en manera muy semejante a como un hombre se cambia la camisa".[19]

En el sentido de Hegel —y éste es un punto de partida en extremo importante para mi análisis— en los Estados Unidos no había un *Estado*, como tampoco había una voluntad unitaria y racional, sino sólo interés individual y pasión por la libertad. En todas las naciones europeas (con la parcial excepción de Inglaterra), el estado mandaba *sobre* la sociedad, ejerciendo un poder unitario o casi unitario (impuesto por una clase militar y una burocracia); y el estado mismo era el *foco* del poder. Para Marx y Engels, hacer la revolución consistía en apoderarse del *Estado*. Paradójicamente, los Estados Unidos experimentaron quizá más violencia interna (aparte de la guerra civil), que incluso podría llamarse lucha de clases, que la mayoría de los países de Europa; me refiero a las luchas agrarias contra los intereses monetarios y, más específicamente, a los conflictos entre el capital y el trabajo. Échase mano de los indicadores generales que se quieran —más y más largas huelgas, más atentados dinamiteros, más ocasiones en que se llamó a la tropa, más vidas perdidas en el período entre las huelgas ferroviarias de 1870 - 1879 y las huelgas de la industria automovilística y el acero en los años cincuenta de este siglo— y se comprobará que las agitaciones laborales en Norteamérica fueron más prolongadas y violentas que en Europa. Pero no fueron (ni podría interpretárseles de ninguna manera en ese sentido) tentativas de hacerse con el *poder del Estado*. Eran ante todo conflictos económicos, contra determinadas corporaciones y en los casos de las grandes operaciones sindicales de los años 30, en los campos del carbón, el acero, los automóviles y el caucho, contra industrias enteras; pero no fueron luchas por el poder del Estado. Parecerá una paradoja, pero las vastas campañas laborales de los treintas se emprendieron con el apoyo de la administración política del New Deal contra el poderío económico de las corporaciones. No sería exagerado afirmar que la federación laboral American Federation of Labor – Congress of Industrial Organizations no hubiera podido sostenerse sin el respaldo de la administración democrática y la capacidad de negociación sindical ampliada por la Suprema Corte.

Pero, si no había Estados ¿qué es lo que había? [20] Para hacer una distinción semántica y, sin embargo, sustancial: había un *gobierno*. El gobierno era un *mercado político*, una arena donde los intereses chocaban (no siempre en igualdad de condiciones) y donde se podían celebrar arreglos. De manera fortuita, puesto que no se planeó (ni tampoco estaban dichas facultades especificadas en la Constitución), la Suprema Corte se convirtió en árbitro final de las disputas y en mecanismo para el ajuste de normas, lo cual permitió funcionar al mercado político, sujeto a una enmienda de la Constitución misma, que a su vez volvió a ser interpretada por la Suprema Corte. La Constitución y la Suprema Corte se convirtieron en el fundamento de la sociedad civil.

En la Declaración de Independencia estaba implícito un tema de índole filosófica: el tema de los *derechos*, los derechos naturales e inalienables. Pero estos derechos eran inherentes a cada persona, no a ningún grupo, y las instituciones tenían por objeto encarnarlos y protegerlos.[21] La Constitución de los Estados Unidos era un *contrato social* celebrado al principio entre los diversos estados, pero transformado al correr del tiempo en un contrato social entre el gobierno y el pueblo. Se trata probablemente del único contrato social que ha tenido buen éxito en la historia política, debido quizá a que el Estado era débil y en ocasiones inexistente.

La base de ese contrato era una cultura política peculiar. En los primeros años de la formación del país se tenía una cierta conciencia de ser la primera nación *nueva*, no una nueva utopía casi religiosa como la proclamada por la revolución francesa, sino algo que se había remontado a los orígenes del gobierno para fundar un mundo nuevo y libre: se entiende que en el Gran Sello de los Estados Unidos se haya puesto el lema *Novus Ordo Seclorum*, un nuevo orden de los tiempos. [22] También había un vigoroso énfasis en lo republicano y una conciencia cívica (no estatal) de lo que era la virtud republicana, todo ello derivado de la historia de la república romana así como del afán de evitar los morbos degenerativos —las luchas civiles provocadas por la oposición de facciones, el empleo de mercenarios en lugar de un ejército de ciudadanos y la concentración arbitraria del poder— que habían lisiado a las repúblicas de hogaño. Ya he señalado que uno puede observar esta doble conciencia en los Federalist Papers, con sus ecos de Montesquieu, y en los escritos de John Adams.

Había un fundamento intelectual (e *intelectualista*) del que se tenía cabal conciencia. Pero a medida que la nación se expandió y surgieron los partidos políticos —los Padres Fundadores no habían previsto, o ni siquiera deseado, partidos políticos— la competencia en el mercado político estimuló el igualitarismo y el populismo que han caracterizado a la política norteamericana desde la década 1830 - 1839. A eso se debe que algunos autores hayan sostenido que la estructura política de los Estados Unidos se transformó de república en democracia de masas. Más adelante sostendré que, si bien esto es cierto, lo es sólo en un nivel.

Lo que sí se produjo fue un cambio del intelectualismo y el pensamiento (el énfasis lockeano, en un cierto sentido) al sentimiento y la emoción (un extraño giro rousseauniano), porque mientras el intelectualismo implica una jerarquía de pensamiento y una actitud de respeto ante el saber, el sentimiento afirma el igualitarismo y una emoción de comunidad entre los seres humanos. Lo mismo se manifestó como un dar la espalda a la historia y a Europa, para volver los ojos hacia el país y la móvil frontera. Lo vemos todo ello simbolizado en la elección del general Andrew Jackson, primer presidente del "Oeste", en 1828 (y en el hecho de que se abrió la Casa Blanca al pueblo), y se ratifica, por así decirlo, en la elección "del barril de sidra", de 1840, cuando los aristocráticos *Whigs** del

* En los Estados Unidos, durante 1836-54, el nombre de *Whig Party* fue utilizado por uno de los dos grandes partidos que se formaron en oposición a los Demócratas de Jackson. Estaba asociado principalmente con intereses manufactureros, comerciales y financieros. En 1854 fue sustituído por el Partido Republicano. [Nota del T.]

Este, habiendo comprendido que requerían de una máscara populista, escogieron a otro héroe de guerra, el general William Henry Harrison (apodado *Tippicanoe* por sus batallas contra los indios), y le mandaron a recorrer el país en un carro galera con un barril de sidra para ofrecer tragos al populacho.[23]

El otro elemento transformador de la política norteamericana fue la "ley" del dinero, el ascenso de la plutocracia y el uso desenfadado de la pecunia para comprar políticos, ganar influencia, o inducir la pura y simple corrupción, rasgo que llegó a su apogeo con la administración de otro héroe de guerra, el general Ulysses S. Grant, e inspiró náusea al descontentadizo vástago de la (ahora ya patricia) familia Adams, el historiador Henry Adams, en una escena de la novela de Adams titulada, significativamente, *Democracy*.[24]

El resultado de estos cambios fue la peculiar estructura de la política interna de los Estados Unidos, que pocos extranjeros, y no muchos norteamericanos, entienden a fondo. El orden político estadounidense es una *estructura de dos niveles*: la presidencia de la república es un referendum plebiscitario en que la persona, no el partido, se convierte en el foco de identificación y enjuiciamiento, el centro de las *pasiones* de la masa, mientras que al Senado y la Cámara de Representantes se les elige de acuerdo con los *intereses* de grupo, que en la actualidad no son necesariamente los intereses del dinero.

No es un accidente que tantos presidentes haya sido "héroes" o celebridades, y tantos entre ellos generales, desde Washington hasta Eisenhower, elegidos por lo común después de una guerra, en un país que nunca ha tenido un numeroso ejército permanente. A los héroes se les ha considerado como que están "por encima" del partido; mientras que los presidentes de tiempos normales han sido sujetos incoloros y neutros, como McKinley, Harding o Coolidge (el único intelectual auténtico, Woodrow Wilson, catedrático de ciencia política, que había sido presidente de la Universidad de Princeton, fue elegido en 1912 por un voto dividido en tres, caso único en la historia estadounidense, y reelegido durante la guerra europea con el argumento de que no involucraría al país en el conflicto). Presidentes de los años posteriores a la segunda guerra mundial, como Truman, Nixon, Carter y Reagan, han sido populistas descarados, que han hecho campaña contra el *Establishment*, a menudo minimizando la identificación con el partido. [25]

Por su lado, las elecciones del Congreso siguen un patrón muy distinto. En 1984 se pudo observar con sorprendente claridad la estructura de dos niveles: Ronald Reagan, uno de los más populares presidentes de la historia, que ganó todos los estados de la nación excepto uno (Minnesota, donde había nacido Walter Mondale), ganó en el estado de New Jersey por un millón de votos; y sin embargo, el demócrata Bill Bradley, en ese mismo estado, ganó su curul en el Senado por un millón de votos. Reagan conquistó Massachusetts por medio millón de votos, y sin embargo, John Kerry, demócrata liberal de izquierda, venció por medio millón de votos. El mismo patrón se repitió en 1988. George Bush, ganó en Ohio, pero Howard Metzembaum, una de las más vigorosas voces liberales en el Senado, fue reelegido. Desde la segunda guerra mundial, aunque en su mayoría los presidentes han sido republicanos, el Congreso ha sido todavía más frecuentemente demócrata, y en lo que respecta a la Cámara de Representantes de un modo constante.

El populismo político repercutió también en la cultura de los pueblos y las ciudades chicas (no en la moderna cultura de los medios de masa) que era en buena parte una cultura religiosa.

Protestante, moralista y fundamentalista, era también, dado el hincapié que hacía en el literalismo de la Biblia, una cultura antiintelectual y antiinstitucional. No había por supuesto en este caso tradición aristocrática ni legado artístico: las artes eran artesanías, escuetas, simples, utilitarias. La tradición católica, que en Europa constituía un sólido cimiento intelectual en cuanto a teología y dogma, belleza en materia de letanía y liturgia, y un conjunto de estilos singulares en los campos de la arquitectura y la escultura, todo lo cual se fundió con una alta cultura histórica, en los Estados Unidos encarnó en una iglesia irlandesa, compuesta principalmente de inmigrantes o toscos varones *self – made*, de tal manera que (con la posible excepción de un John Courtney Murray) le ha faltado peso intelectual y ha contribuido poco al pensamiento y la cultura estadounidenses.

O sea que nos encontramos ante una sociedad profundamente individualista y populista, con una fluida modernidad plasmada por los abiertos espacios de la geografía (un mundo natural que se podía saquear sin remordimientos), y en lo tocante a la economía por la potencia crematística, con un flujo de riquezas que iba a parar a manos de hombres duros dedicados en exclusiva a la consecución de sus propios fines. Ni el medio ambiente ni la economía padecían restricciones políticas. Antes bien, desde 1870 hasta 1930 la Suprema Corte paró en seco todos los esfuerzos que se hicieron de una legislación y reglamentación apropiadas, con la sola excepción de las leyes contra los *Trusts*. La libertad se definía principalmente en términos de un individualismo económico. En eso consistía el consenso. Ese era el marco de la sociedad civil.

En el último medio siglo, a partir del New Deal de Franklin D. Roosevelt, empiezan a emerger en los Estados Unidos los lineamientos de un Estado, o sea, la creación de estructuras institucionales capaces de conformar e imponer una voluntad unitaria superior a los intereses particulares. Por lo común, el New Deal ha sido interpretado ideológicamente, desde la izquierda como una política que salvó al capitalismo, y desde la derecha como un avance rastrero del socialismo como lo demostraba el crecimiento de las instituciones estatistas. Aunque ambas posiciones encierran grados de verdad, ninguna es satisfactoria. A mi juicio, la emergencia de un Estado en la sociedad norteamericana sucedió sin planeación y sin apoyo en una ideología coherente, como respuesta durante la crisis a tres elementos: los cambios en la "escala" de la sociedad; las consecuencias de los cambios registrados en las formaciones políticas; y la lógica de la movilización bélica.

El problema de la escala fue fundamental. Hacia 1930 los Estados Unidos se habían convertido ya en una sociedad nacional; entre 1900 y 1930 surgieron corporaciones y mercados nacionales unidos entre sí por los sistemas de transporte. Por contraste, el poder político "compensador" estaba mal distribuido entre los estados. Cuando la economía se derrumbó

en 1929-1932, la administración de Roosevelt respondió primero con la Administración Nacional para la Recuperación Industrial, que establecía códigos nacionales y esquemas de fijación de precios para la gran industria. De hecho, adoptó los principios del Estado corporativista por los que abogaban muchos capitalistas, como Gerar Swope, de General Electric y los Du Pont. Pero cuando esa tentativa fue declarada inconstitucional, el New Deal empezó a distanciarse de la planificación corporativa para apoyarse cada vez más en mecanismos reguladores y de control de los mercados. De ahí resultó la Comisión de Valores y Bolsas para los mercados financieros y, con el fin de asegurar la estabilidad laboral, una Junta Nacional de Relaciones Laborales dedicada a las negociaciones colectivas. Así el New Deal se convirtió en lo que podríamos llamar una "igualación de escalas", que consistía en crear instituciones y normas políticas de alcance nacional que igualaran el poder también nacional de lo económico.

La lógica de la estabilización y el control condujo a una situación en que se volvió necesario recurrir de modo creciente a la política fiscal (es decir, política tributaria) para dirigir el gasto, de manera que el Estado emergente se convirtió en un actor principalísimo por lo que se refiere a los procesos de asignación de fondos y de crecimiento de la economía. La sociología fiscal, como dijo alguna vez Joseph Schumpeter, significa la aparición del "Estado impositivo", y la política tributaria se convierte en el eje de la actividad económica. Pero también la actividad económica tiene efectos redistributivos. Y el nuevo alineamiento político que se verificó en el país, de acuerdo con el cual el trabajo, los agricultores y las minorías se pasaron al campo demócrata se tradujo en subsidios nacionales a la producción agrícola y en protección para los grupos menos favorecidos. O sea, en otros términos, desembocó en un Estado bienhechor definible en los siguientes rasgos: la necesidad de crear una protección contra los vaivenes económicos y sociales; el deseo de "incluir" a los marginados en la sociedad; el cumplimiento de una ética referida a la distribución del ingreso de manera de proveer cuando menos una "red de seguridad" que no dejara caer a la gente por debajo de la línea de pobreza; y, por último, la idea de que existen derechos y un Estado de servicio social.

El tercer gran ímpetu hacia el estatismo se debió a la guerra y la política exterior. En casi todas las sociedades la guerra ha sido el instrumento decisivo en la creación del Estado. Una guerra concentra las emociones colectivas y las dirige contra un enemigo peligroso; crea la necesidad de imponer un punto de vista unitario en torno al cual se apriete la sociedad; y las exigencias de la guerra fuerzan al estado a movilizar los recursos sociales, esto es, hombres y material, hacia la consecución de objetivos precisos. Una sociedad movilizada —para el desarrollo económico, o la guerra, o para enfrentar algún desastre— se convierte en un ambiente donde el Estado despliega sin trabas su capacidad de coerción.

En el período de la segunda postguerra mundial, el nuevo papel de la nación por lo que respecta a suscribir y sostener una economía internacional destruida que avanzaba penosamente por la vía de la reconstrucción, más el tenso conflicto con la Unión Soviética tanto en lo ideológico como en lo militar —encarnado en la guerra fría y expresado de modo concreto en el bloqueo de Berlín, la guerra de Corea, la crisis cubana de los cohetes y el prolongado conflicto en Vietnam—, se combinaron para magnificar la presencia del Estado.

Resulta significativo que las presiones externas de política internacional y los factores internos *no* se hayan mezclado. No obstante la presencia del complejo militar - industrial, la política exterior no resultó ser una proyección de presiones domésticas. La ampliación en la cobertura de subsidios y derechos asistenciales a los ancianos, a los pobres y al sector de la educación, llevada a cabo por la administración de Johnson, no fue consecuencia ni dependió de la movilización con fines defensivos. Por el contrario, en la medida en que crecían las presiones financieras los dos aspectos intensificaron su rivalidad, lo que en buena medida le facilitó a la administración Reagan reducir las reglamentaciones, los subsidios y los derechos asistenciales en el ámbito interno, al mismo tiempo que se aumentaban considerablemente los presupuestos militares. Desde un punto de vista filosófico, jamás existió un Estado Nacional unitario.

Todas estas actividades han dejado reflejo de sí en el tamaño del gobierno, el número de empleados del sector público, la incidencia de la tributación, la proporción del Producto Nacional Bruto que se inicia en el "sector estatal" (incluida la defensa), y el asombroso aumento durante la última década de los déficit presupuestarios no menos que la cada vez más hinchada deuda nacional. Todo esto se refleja en la intensificación del descontento social: en muchas sociedades se entiende que los impuestos son una compra de servicios públicos que los individuos no pueden pagar por sí solos; en los Estados Unidos muchos (¿casi todos?) piensan que es "nuestro" dinero lo que "ellos" se están llevando. La multiplicación de las reglamentaciones en todas las áreas de la vida económica y social ha generado resentimiento contra la intrusión del gobierno (como también la contradicción cultural en que incurren quienes se oponen a la intrusión del gobierno en sus intereses económicos, pero claman por un tutelaje moral y una reglamentación social de la conducta sexual y personal). No se puede menos de considerar pasmosa la retórica de un Presidente como el señor Reagan quien dice al pueblo: "No confíen en ustedes en el gobierno y quítenselo de encima", al mismo tiempo que acumula en sólo ocho años la mayor deuda pública en un siglo.

Pero aparte estas "idiosincrásicas" contradicciones, es obvio que el problema "del Estado" se ha situado en el centro de la teoría y la praxis de la política. Como sostuve hace más de una década: la cuestión de las relaciones entre el Estado y la sociedad, entre el interés público y el apetito privado, será muy claramente el principal problema político de los próximos decenios. En medio de la expansión de escala que han registrado las actividades económicas y políticas, el Estado nacional se vuelto demasiado chico para los "grandes" problemas de la vida (por ejemplo, los maremotos que sacuden a los mercados de capital y de dinero) y demasiado grande para los "pequeños" problemas de la vida (esto es, los problemas del vecindario o la comunidad). [26] La política exterior, que ha sido uno de los prismas a través del cual se concentran en un foco unitario las decisiones, se ha convertido en un área caótica dado que la idea de un interés nacional coherente ha tendido a tambalearse, mientras las pasiones ideológicas se han alzado para caer después.

La idea de una economía regulada se ha batido en retirada ante las dificultades de eso que los técnicos llaman *fine tuning*,

y ha habido un retorno a los mecanismos del mercado. En la mayoría de las sociedad, las burocracias se han vuelto excesivamente gravosas y centralizadas. Cada vez más los individuos buscan la manera de resolver las cuestiones sociales y del bienestar general, del medio ambiente y la calidad de la vida, en escalas acordes con su capacidad para controlar tales decisiones. De hecho, es sorprendente ver que en un país tras otro —pienso en Polonia, e Italia, donde se están desarrollando esas ideas el concepto de una "sociedad civil", y no el "Estado", como ámbito primordial de las actividades políticas, se ha transformado en un tema toral de exploración y debate, teniendo en cuenta sobre todo que las viejas ideologías se han desvanecido.

V

Estamos, pues, presenciando el retorno de la idea de la sociedad civil. Pero ¿de qué tipo? Según Hegel, la sociedad civil tenía el carácter de un individualismo económico anárquico, pues giraba en torno al interés inmediato que había destruido a las viejas instituciones de *sittlichkeit* —las instituciones consuetudinarias de la familia y la aldea—, pero no había podido reemplazarlas con *moralität*, las creencias racionales abstractas de una voluntad unificada y universal. El romanticismo de Hegel erraba al contrastar un tradicionalismo no mediado con un utilitarismo apetitivo y centrado en sí mismo que sólo podía ser controlado por un Estado. Ese romanticismo atraviesa el pensamiento alemán como un hilo de púrpura. En lo que respecta a las ciencias sociales le debemos los simplismos de la dicotonomía *gemeinschaft/gesellschaft*, con su pátina de una *naturwille* y una *kürwille*, como dos tipos diferentes de vínculos sociales y dos voluntades distintas.[17] En el terreno de la filosofía y la política le debemos la visión demoníaca, encarnada en la adhesión de Heidegger a los nazis, de un *volkstum* y un *staatstum* heroicos enfrentados a la detestable sociedad comercial y burguesa. Estos contrastes, así como la denigración de la sociedad civil como anónica, malinterpretan cruelmente las complijidades de una sociedad moderna y las dificultades de establecer los límites de la libertad y la civilidad.

El retorno a la sociedad civil es el retorno a una escala manejable de la vida social, sobre todo teniendo en cuenta que la economía nacional ha quedado inscrita en un marco internacional mientras la política nacional ha perdido cierto grado de independencia. Se trata de hacer hincapié en la asociación voluntaria, en la iglesia y la comunidad, en la autogestión de los recursos a escala local, fuera de la burocracia y el Estado, en las áreas del trabajo y la asistencia social. ¿Que es utópico? Quizás. Pero hoy día es más posible, en vista de las nuevas tecnologías, con sus potencialidades en cuanto a descentralizar de la industria y reducir el tamaño de las empresas.

Por otra parte, esta idea de la sociedad civil tampoco representa un retorno al humanismo cívico ni a la virtud republicana, que es la tradición por la que actualmente abogan Quentin Skinner y J.G.A. Pocock. La virtud republicana —que *no* era el republicanismo de Adams o Jefferson— consistía en que la comunidad venía antes que el individuo, al punto que, en su forma más extrema, abolía la propiedad privada. El bien común era un bien unitario. Pero una sociedad civil moderna —una sociedad que es multiracial y heterogénea dentro de los límites de la ciudadanía— debe establecer otras normas: el principio de la tolerancia y la diversidad, y el consenso de comunidades plurales en lo concerniente a normas de procedimiento y reglas de negociación, dentro del marco del constitucionalismo.

Son éstas cuestiones que están ocupando la filosofía política de hoy; como es de comprender, sobrepasan los alcances del presente ensayo. No he podido hacer más que reiterar mi posición. Sin embargo, como he tratado de probar, la cuestión de la sociedad civil ha sido un tema peculiarmente norteamericano que, no obstante haber empezado con la más benigna versión de la "virtud republicana", se transformará institucionalmente a lo largo de los ejes contrastantes, pero complementarios, del individualismo y el populismo radical. Sin embargo, en la medida en que el tema de la sociedad civil ha vuelto a plantearse con urgencia a la vista de un nuevo orden social que limite el Estado y realce los propósitos del individuo y el grupo —¡otra definición del liberalismo!—, tenemos ante nosotros un nuevo giro en la larga historia del excepcionalismo norteamericano.

NOTAS

[16] En varios trabajos, sobre todo en mi *Cultural Contradictions of Capitalims* (Nueva York, Basic Books, 1976), me he ocupado de la estructura social (economía y tecnología) y de la cultura en tanto que encaman propósitos contradictorios que crean tensiones para la sociedad. Pienso que en el análisis aún es válido. Este ensayo, con su enfoque en las instituciones políticas en cuanto piso (o "subbestructura") de la sociedad, es una manera de ver la resolución de algunas de dichas contradicciones.

[17] G.W.F. Hegel, *The Philosophy of History*, Traducción de J. Sibree (Nueva York, 1944), pp. 86 - 87.

[18] Joseph Schumpeter, *Imperialism and Social Classes*, traducción de Heinz Norden (Nueva York, 1951), ver especialmente p. 84 y sigs, y p. 118.

[19] Karl Marx, *Capital*, vol. I (Chicago, C.H. Kerr, 1906), p. 534, nota 1.

[20] En un trabajo reciente, Quentin Skinner ha sostenido que la palabra *Estado* se reconoció cuando los filósofos políticos (entre los cuales destacaba a Hobbes) empezaron a buscar un término que identificara una esfera de poder, entonces emergente, diversa de *res publica* o *civitas* (puesto que esos términos designaban la soberanía popular), y distinta de quienes literalmente tenían el poder en sus manos, tales como los monarcas, los cuales insistían en que se les jurara lealtad, como personas, y no como istitución. De esa forma el *Estado* era un entidad que abstraía la soberanía por partida doble, de los gobernantes y de los gobernados, para luego combinar los derechos enajenados de ambos en la *Persona ficta* del "Estado". (Este tema de la enajenación de derechos aparece en Hobbes, donde el individuo entrega sus derechos naturales al Estado, o sea, al Leviatán, y más tarde en Rousseau, según el cual, en el "contrato social" cada persona se sumerge, con sus derechos, en la voluntad general.)

Si uno define el *Estado* empleando este vocabulario, entonces es evidente que no hay un *Estado* en los Estados Unidos, pues el carácter mismo de los documentos fundadores negaba la idea de enajenación de derechos y expresaba la soberanía en la fórmula: "Nos, el Pueblo".

[21] Esto explica por qué hay tantos litigios en la sociedad estadounidense, y por qué los tribunales juegan un papel cada vez más importante, puesto que, si el fundamento de la sociedad son los derechos individuales de uno, entonces uno entabla juicio para defenderlos y protegerlos. Cuando se planteó la cuestión de si las corporaciones quedaban bajo la jurisdicción de la 14a. Enmienda, según la cual se establecía la primacía del gobierno federal por lo que hace a extender el derecho a un juicio justo a la protección de las personas, la Corte resolvió, creando una ficción que una corporación es también una *persona* y que, po lo tanto, puede ser protegida.

[22] "Ha sido voluntad del cielo —escribía John Adams en 1776— que nosotros cobremos existencia en un período en el cual hubieran deseado vivir los más grandes filósofos y legisladores de la antigüedad. Un período en que se nos brinda la oportunidad de empezar un gobierno nuevo desde su cimiento... ¡Cuán pocos han sido los humanos que han tenido la oportunidad de escoger un sistema de gobierno para sí y para sus descendientes!"

[25] La campaña de Harrison, además, introdujo la moda de los lemas como técnica electoral. Pintado junto a su candidato para vicepresidente —quien le sucedería a su prematura muerte en el cargo— en un letrero que exhibía el carro a todo lo largo, se decía: "Tippicanoe y Tyler también".

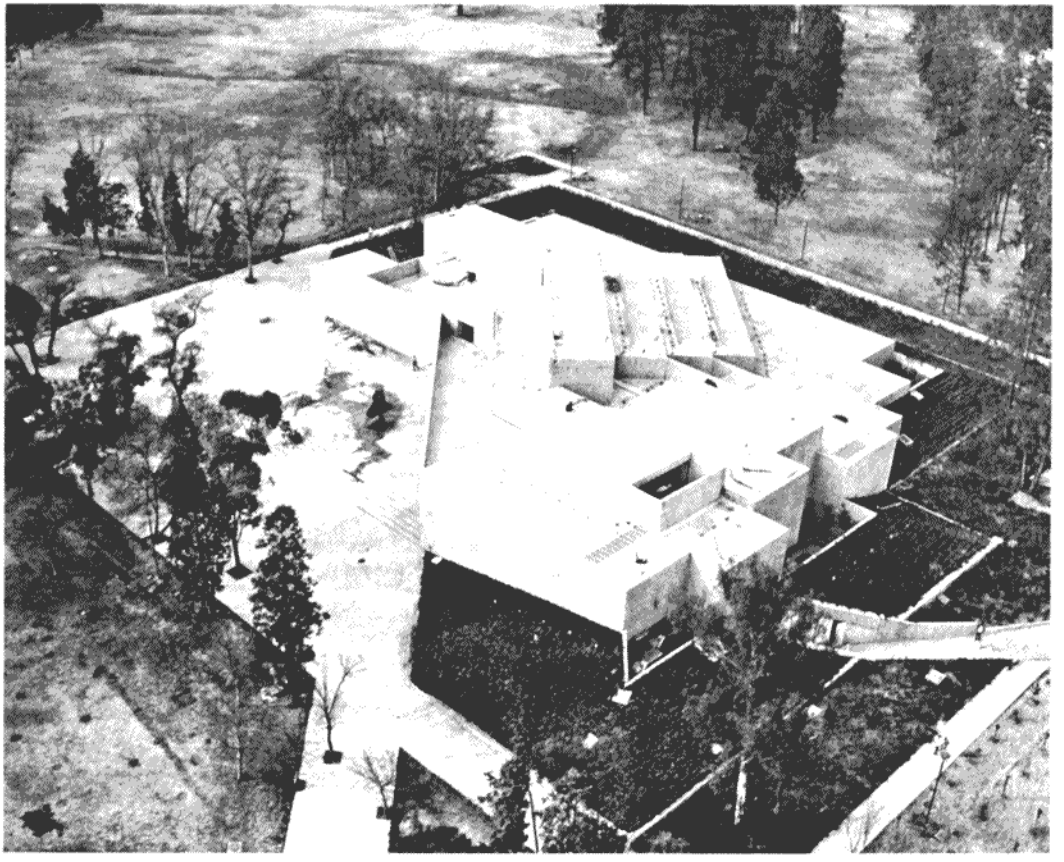
La más fascinante discusión de esta campaña aparece en el ingenioso libro de Ignazio Silone titulado *La escuela de dictadores*, donde a un dictador norteamericano en potencia, que ha viajado a Europa para que se le instruya, se le recuerda este primer acto populista ocurrido en su propio territorio.

[24] Aunque el final de siglo presenció el ascenso del poderío de las grandes corporaciones y, mas aún, de colosales concentraciones, no se creó una "clase dominante" nacional. Mark Hanna trató de crearla a través de su Federación Cívica Nacional, donde se intentaba soldar a la plutocracia para convertirla en fuerza política, pero la tentativa fracasó. En el ámbito económico, el movimiento antitrust, populista en su origen, rompió a muchos de los trusts, de la misma manera como la ley Glass – Stegall, en los primeros años del New Deal, dividió el poder financiero de la inversión y de la banca. Podría decirse que en los Estados Unidos ha habido siempre élites económicas y políticas, pero no una clase dominante unificada.

[25] Harry Truman, quien se convirtió en presidente al fallecimiento de Franklin D. Roosevelt, ganó su propia elección en 1948 contra Thomas E. Dewey, candidato del *establishment* republicano. No obstante, Truman aceptó sin reservas a figuras del *establishment* en materia de asuntos internacionales porque la guerra fría demandaba su experiencia en política exterior. La guerra de Vietnam destruyó la autoridad moral del establishment, y desde entonces la política exterior se ha convertido en un foco de pasiones e ideologías que se cruzan con el interés nacional. Por eso ha carecido de un enfoque coherente o de una visión de gran alcance. *The Wise Men*, por Walter Isaacson y Evan Thomas, biografía "de grupo" de Achezon y Harriman, MacCloy y Lovett, Kennan y Bohlen, es una perspicaz historia del primer período postbélico y de los hombres que plasmaron la política internacional de los Estados Unidos.

[26] "The Future World Disorders", en *The Winding Passage*, *op. cit.*, pp. 226 – 227.

[27] Werner Chanmen y Rudolf Heberle, en su recopilación de los escritos de Toennies —los términos son de él— tratan de defender de la acusación que le han hecho, sobre todo Ralf Dahrendorf, de que era un "enemigo de la modernidad" que veía con ojos románticos la inocencia prístina de *Gemeinschaft*. Toennies era un demócrata que apoyaba el trabajo; en una demostración de valentía se inscribió en el Partido Socialdemócrata en 1932, lo que un año más tarde le valió ser echado de su cátedra por los nazis. Con todo, es cierto que el lenguaje algo febril y desmañado de su famoso libro (escrito en 1887) está empapado en esa imágenes de comunidad, como, por ejemplo, "comunidad de sangre", mientras que *kürwille* se traduce como "voluntad arbitraria", y no como "intención dirigida a un fin", que le conferirá al término otro valor. Todo esto nos recuerda la cautela que debemos tener con el lenguaje. Véase W.J. Cahman y Rudolf Heberle, *Ferdinand Toennies, on Sociology* (University of Chicago Press, 1971).



Museo Tamayo, 1982